

BOLETÍN DE LA RENOVACIÓN CARISMÁTICA CATÓLICA EN EL ESPÍRITU



Número 15

Diciembre de 2007



Palabra de Dios

En el principio ya existía la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios. La Palabra en el principio estaba junto a Dios. Por medio de la Palabra se hizo todo, y sin ella no se hizo nada de lo que se ha hecho. En la Palabra había vida, y la vida era la luz de los hombres. La luz brilla en la tiniebla, y la tiniebla no la recibió. Surgió un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan: este venía como testigo, para dar testimonio de la luz, para que por él todos vinieran a la fe. No era él la luz, sino testigo de la luz. La Palabra era la luz verdadera, que alumbra a todo hombre. Al mundo vino, y en el mundo estaba; el mundo se hizo por medio de ella, y el mundo no la conoció. Vino a su casa, y los suyos no la recibieron. Pero a cuantos la recibieron, les da poder para ser hijos de Dios, si creen en su nombre. Estos no han nacido de sangre, ni de amor carnal, ni de amor humano, sino de Dios. Y la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros, y hemos contemplado su gloria: gloria propia del Hijo único del Padre, lleno de gracia y de verdad.

Juan 1, 1-14

Índice

Editorial: ¡Nos ha nacido un Niño!	1
Enseñanza: "El Espíritu Santo y María". M ^a Jesús Casares	2
Este Mes: Sacramento del Orden. Chalo Gonzalez	5
Para Meditar	10
El Rincón de los Testimonios	11
Recordemos qué es la Renovación. Matteo Calisi	14
40 años de la Renovación Carismática. Vicente Borragán	15
Noticias...Noticias...Noticias	21
Ideas para tu Biblioteca	22
A Tu Servicio	22

¡Nos ha nacido un Niño!

De pesebre en pesebre, Jesús sigue naciendo cada día en nuestras vidas. Los villancicos están sonando en los corazones... y al sonar de esas sencillas canciones el Señor nos regala la luz que necesitamos para descubrirle en cada circunstancia de nuestra existencia.

Tu paz Señor, Tu alegría, Tu misericordia, esos son los regalos que necesitamos. Que reavives Tu Iglesia, para que la Palabra alumbre a todos los hombres. ¡Que los ríos de Tu misericordia se derramen anegando nuestras almas, inundando la faz de la Tierra!

Solo tu misericordia nos salva, Señor, solo tu misericordia nos sostiene. Gracias, gracias por tanto Amor hecho Palabra, hecho carne, hecho eucaristía, hecho Mujer, hecho Iglesia, hecho comunidad... ¡hecho Niño!

Tantos regalos, tantos dones, tantos detalles de Amor... ¿qué podemos hacer más que alabar y bendecir tu nombre por toda la eternidad...?

La única respuesta posible ante tantos regalos, ante tanto derroche de gracia es el gozo de quien se ve inundado del Amor, de la Misericordia. Como María, sólo podemos estallar en gratitud, en alabanza, en aclamación, en canto de júbilo. Como los pastores, pobres, sucios, ignorantes -pero dóciles al anuncio del ángel- podemos ir al pesebre (que seguramente estaba sucio y desastrado, como nuestro corazón) a quedarnos atónitos, a no entender nada: ¿Dios nos quiere tanto como para hacerse un niño? ¿un ser indefenso? ¿uno de nosotros? ¿un pobre?... Y BROTAN LOS VILLANCICOS:

Mientras el hombre sufre cae la nieve,
sin que el hombre que llora de ello se entere,
sin que el hombre descubra al Dios que viene,
nieva misericordia, cae la nieve.

Escuchad... es la hora de la misericordia.
No halla el hombre consuelo a su dolor,
la soledad desangra su corazón,
pero aunque no lo sepa lo sabe Dios,
y nieva sobre el hombre nieve de amor.
Despertad... es la hora de la misericordia.
No hay dolor que no encuentre un gran consuelo
desde que el Dios eterno vino a este suelo,
y nieva sobre el hombre la paz del cielo,
una nieve que dice que Dios es bueno.
Sonreíd... es la hora de la misericordia.



(letra del villancico: Martín Descalzo.)

En este boletín hay unos regalos preciosos, abridlos con la ilusión de niños: su Madre, la más bella obra de la Trinidad y madre de la Misericordia, su Iglesia y sus sacerdotes, cauce de su infinita misericordia; la alegría preludio del júbilo que compartiremos en la eternidad...

Con todos ellos os deseamos que paséis unas preciosas fiestas en compañía de vuestros seres queridos,



FELICES FIESTAS DE NAVIDAD Y AÑO NUEVO



Enseñanza: El Espíritu Santo y María

El ser y la vida de la Virgen María están íntimamente ligados al Espíritu Santo. Ella es la “Todasanta” porque desde el primer momento de su existencia fue “sagrario del Espíritu Santo” (Lumen Gentium 53); es la “Llena de gracia” porque fue llenada por el Espíritu de Dios. Toda la grandeza de María consiste en ser la “Theotokos”, es decir, la Madre de Dios. Pero esa maternidad es obra del Espíritu Santo. María no es lo que es por sus esfuerzos, por sus propios méritos, sino por su docilidad a Dios, porque se dejó hacer y conducir por su Espíritu.

Por todo ello, podemos contemplar toda la vida de María a la luz del Espíritu y pedirle que nos enseñe a vivir nuestra propia vida, que no es ajena a la suya, a la sombra del Espíritu.

Concepción de María

Decía el P. Chus Villarreal en una de sus predicaciones que el Espíritu Santo tiene un privilegio: cuando quiere una novia se la hace a su medida. Y lo decía refiriéndose a la Iglesia. Pero podemos decir lo mismo refiriéndonos a María. Ella es llenada de gracia, llenada de Espíritu Santo, desde el mismo instante de su concepción, porque Dios así lo quiso, porque la predestinó para ser la madre de su Hijo, Jesús, nuestro Salvador.

¿Y por qué la eligió?, ¿por qué ella

y no otra? Los pensamientos del Señor exceden a los nuestros “tanto como aventajan los cielos a la tierra” (Is 55,9), pero yo creo que Dios, para quien todo es presente, miró a todas las mujeres que existieron, existen y existirán desde la creación del mundo hasta su fin y encontró la máxima docilidad, la máxima disponibilidad, la máxima entrega en aquella muchachita de Nazareth, llamada María. Y por eso la eligió. Dios mira entonces a María con tal intensidad de amor que la reviste de su misericordia para cumplir, a través de ella, las promesas hechas a la humanidad: darnos un Salvador. Y por eso, el Espíritu Santo la llenó de todas las gracias y prerrogativas: fue preservada de toda mancha, concebida sin pecado original, salvada por adelantado por su hijo Jesús.

Esto no quiere decir que María estuviera privada de su libertad, que no pudiera decir no a Dios. También nuestros primeros padres fueron creados sin pecado y eligieron ser autosuficientes y desobedecer a su creador. María viene a restaurar aquella negación de Adán y Eva con su sí. Por eso es la criatura más libre que existe, como dice G. Blaquièrre, “porque la libertad consiste en poder decir sí al amor que se nos ofrece”. El maligno ha hecho creer al hombre que la libertad está en poder decir no a Dios, pero

eso nos hace esclavos de nosotros mismos, de nuestras pasiones, del pecado.

María estaba predestinada a ser libre en el Espíritu Santo, predestinada a la salvación, predestinada a la santidad, pero todos nosotros también lo estamos, por la ternura y la misericordia de Dios: “por cuanto nos ha elegido en Cristo antes de la fundación del mundo, para ser santos e inmaculados en su presencia, en el amor” (Ef 1, 4). Por ello, María es nuestro icono y, mirándonos en ella, podemos preguntarnos: ¿Soy libre en el Espíritu Santo? ¿Estoy abierto al amor que Dios me ofrece cada día? ¿Confío en ese amor y le digo sí en cada circunstancia de mi vida como hizo María?

La anunciación

Dios miró a María y ella se dejó mirar por él en su pequeñez, en su debilidad, en su pobreza. Y creyó en la palabra que el ángel le anunciaba de parte de Dios: “El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra...” (Lc 1, 35). “Sombra” es uno de los nombres que se da al Espíritu, un nombre que evoca silencio, ocultamiento, abandono, fe. María se dejó cubrir por el Espíritu Santo para que en ella se encarnara la Palabra, el Verbo. El término “palabra” tiene la misma raíz que “espada” y que “reja de arado”. María es la tierra buena que se deja trabajar, arar, por la palabra del ángel para que crezca en ella el germen de Dios.

Poseída por el Espíritu Santo, María da su sí a Dios, un sí radical, un sí incondicional, un sí que iba a dilatar a lo largo de todas las circunstancias de su vida y que nunca retiraría. Un sí que nos ha traído a todos la salvación. No se miró a sí misma, no se preguntó por sus cualidades, ni por sus fuerzas, ni por su santidad... Simplemente se acurrucó bajo la sombra del Espíritu y dejó que éste fuera el protagonista de su historia porque creía verdaderamente “que ninguna cosa es imposible para Dios” (Lc 137).

Cuando Dios se acerca a nuestras vidas y nos pide nuestro sí, podemos hacer como María y abandonarnos en



sus manos o podemos empezar a poner excusas: es que soy demasiado joven o demasiado anciano; o no tengo tiempo o salud; o soy demasiado ignorante o pecador... En este caso estamos frustrando el plan de Dios en nosotros porque no creemos verdaderamente que la obra, y el poder para realizarla, no es cosa nuestra sino del Espíritu Santo y porque nos falta el valor para confiar y dar, como María, ese salto en el vacío que es la fe.

María, llena de gracia por el Espíritu en el momento de su concepción, toma conciencia de sí misma y dice conscientemente sí en la anunciación y, como dice Juan Pablo II, colabora con el Espíritu Santo para acrecentar su unión intensa y profunda con Dios.

La visitación

Por la unción del Espíritu Santo, María se convierte en profeta el día de su encuentro con su prima Isabel en Ain Karim. Su Magnificat es un canto profético a la salvación que el Señor va a llevar a cabo, a las maravillas que va a realizar en su vida y en la de su pueblo a través de ese Hijo encarnado en su seno. En aquellos momentos, la vida de María no se presentaba muy fácil: soltera, embarazada... ¿Cómo explicar a José, a sus familiares, a sus vecinos el misterio de Dios? Desde una perspectiva puramente humana debería haber estado asustada, angustiada, preocupada por un futuro que desconocía, pensando que podía ser repudiada por José e incluso lapidada... Y, sin embargo, canta. Canta a la misericordia de un Dios que nunca abandona a los pequeños que ponen toda su confianza en él, un Dios que enriquece a los pobres, que enaltece a los humildes, que se acuerda de sus promesas de generación en generación... Esa es la obra del Espíritu en María.

Y ese mismo Espíritu es el que nos hace cantar a nosotros, alabando y bendiciendo a nuestro Dios como un pueblo profético que sabe ver la salvación y la victoria del Resucitado, aun cuando estemos en la enfermedad, la prueba, los problemas familiares o económicos, el sufrimiento... sabiendo que “en todo salimos vencedores gracias a Aquel que nos amó” (Rm 8, 37).

Infancia de Jesús

En torno al nacimiento de Jesús suceden cosas misteriosas, inexplicables para nuestra inteligencia porque la sabiduría de Dios no es la de los hombres. Isabel, la estéril, va a tener un hijo; María va a ser madre sin dejar de ser virgen; Dios consiente en que su Hijo nazca en la mayor pobreza: María y José no encuentran alojamiento en Belén y Jesús nace en un establo y es acostado en un pesebre; los ángeles se aparecen a unos pobres pastores y les anuncian que les ha nacido un Salvador; los sabios de Oriente se vuelven niños y se dejan guiar por una estrella para llegar ante el Niño y ofrecerle sus regalos; el miedo se apodera de los poderosos y los niños inocentes de Belén son asesinados; María y José tienen que huir a Egipto para salvar a Jesús; Simeón, sin embargo, ya no teme a la muerte porque ha conocido al Mesías esperado... Alegría y dolor, milagros y miedos...

María guarda todas estas cosas en su corazón, y vive el día a día guiada por el Espíritu Santo sin escandalizarse de la pobreza de su Hijo —¡el Hijo del Altísimo!, le ha dicho el ángel— que crece como un niño y un joven más, necesitado de cariño, de cuidados, de alimento, de aprender, de trabajar... ¡Treinta años sin que pase nada extraordinario! María confía, espera, ora, está a la escucha y no exige pruebas. Sabe que el tiempo de Dios no es el suyo, pero que Él no falla.

Nosotros, muchas veces, queremos ver signos, prodigios, milagros, deseamos que Dios conteste a nuestras oraciones tal como queremos y en el momento que queremos, buscamos controlar a Dios sin creer que el mayor milagro de la presencia del Espíritu de Jesús en nosotros es vivir la vida diaria creyendo, confiando y diciendo sí a su voluntad con alegría, con esperanza, sabiendo que sus promesas siempre se cumplen, oyendo en el corazón lo mismo que María escuchó de su prima Isabel: ¡Dichoso el que cree que se cumplirán las cosas que le han sido dichas de parte del Señor! (cf Lc 1, 45).

La boda en Caná

Inspirada por el Espíritu, por el amor, María adelanta la hora de Jesús y le pide el milagro de la conversión del agua en vino. Ella, que vive en la

fe oscura, en el no-comprender, meditando todas las palabras y todos los acontecimientos en su corazón, no pide un milagro para sí misma. Lo pide por amor a aquellos novios que van a ver arruinado el día más feliz de su vida por la vergüenza de no tener vino para sus invitados.

Ojala María nos enseñe a no estar dando vueltas sobre nosotros mismos y sobre nuestro pequeño círculo de familiares y amigos, ocupados solo de lo nuestro, y nos haga levantar nuestros ojos para ver a tantos y tantos hermanos nuestros que no tienen vino, ni vino material ni vino espiritual: hambre, injusticia, explotación, miseria, soledad, enfermedad, guerra, tristeza, ausencia de Dios, de esperanza, de amor... Que el Espíritu de Jesús cambie nuestro corazón de piedra en un corazón de carne, un corazón ensanchado donde quepa el mundo entero, un corazón de intercesión, de compasión, de caridad auténtica.

La separación

Un Hijo y una Madre que estaban tan profundamente unidos ¿cómo soportarían la separación si no es con el poder del Espíritu Santo? Porque un día Jesús comprende que ha llegado el momento de comenzar su misión y realizar el encargo de su Padre Dios y deja su casa y deja a su Madre... Y María le deja ir, no acapara a su Hijo: lo entrega. Acepta su vocación, su misión, sus decisiones y le acompaña desde la distancia con su oración, con su intercesión, con su aceptación confiada. Le llegan noticias de lo que dice, de lo que hace, y quizás siente por él el miedo que siente toda madre y se acerca con otros parientes a verlo. Y la respuesta de su Hijo es un tanto desconcertante para nosotros y tal vez, en un primer momento, para ella: “Mi madre y mis hermanos son aquellos que oyen la Palabra de Dios y la cumplen” (Lc 8, 21); pero María sabe descubrir que ahora tiene que ser la primera y más fiel discípula de su Hijo, guardando sus palabras en su corazón y diciendo sí, de nuevo, a la voluntad del Padre que se le revela ahora a través de Jesús.

Nosotros, padres y madres, ¿qué hacemos con nuestros hijos? ¿Respetamos su personalidad, su intimidad, su vocación, sus decisiones aunque no las comprendamos o nos

buscamos a nosotros mismos esperando que cumplan nuestras expectativas, nuestros deseos, nuestros gustos? María nos puede ayudar mucho en este camino, enseñándonos que, por encima de nosotros mismos, nuestros hijos son hijos de Dios, que Él los ama, los cuida y tiene su plan y su tiempo para ellos.

La cruz

Y, finalmente, el momento de la verdad: la cruz. Solo por el poder del Espíritu Santo, María puede permanecer al pie de la cruz aceptando la voluntad del Padre, aun cuando esa voluntad pase por la muerte y una horrible muerte de cruz. María sabe que el amor del Padre por su Hijo –y por ella misma– es más fuerte que la misma muerte y, por eso, puede esperar contra toda esperanza, contra toda evidencia, y vislumbrar la resurrección, esa victoria que había cantado en su magnificat. La palabra de Dios se tiene que cumplir aunque ella no sepa el modo ni el cuándo.

María, junto a José, buscó con angustia a su Hijo, perdido en Jerusalén a los doce años, durante tres días y tres noches. Esa prueba preparó su fe para velar con esperanza mientras Jesús permanece, de nuevo tres días, en el silencio terrible del sepulcro. Por eso, María es nuestra mejor compañera en las horas de dolor: cuando entregamos a Dios a un ser querido, cuando la vida se nos rompe, cuando todo se nos hace oscuridad y angustia y no vemos salida, cuando Dios parece que no está... María es la acompañante fiel que siembra esperanza en todos aquellos que buscan a Dios en la noche. Esa es, al menos, mi experiencia. En los momentos más duros y difíciles de mi vida, cuando Dios parecía haberse escondido, cuando mi fe se tambaleaba y mi esperanza se desvanecía, había junto a mí como una sombra protectora, silenciosa, que sin hacerse notar me abrazaba con amor y me daba fuerzas para seguir confiando: era María. Y sé que igual que acompañó a su Hijo hasta el final –en su pasión, al exhalar su espíritu, en la oscuridad y tristeza del sepulcro–, también me acompañará siempre a mí – “ahora y en la hora de mi muerte”, como rezamos en el avemaría– porque al pie de la cruz aceptó el encargo de Jesús de ser mi madre.

La acción del Espíritu Santo en María, en esos momentos, es grandiosa: María no solo perdona a los que matan a su Hijo –y a todos nosotros, que le crucificamos tantas veces con nuestros pecados– sino que los acoge como hijos. María, madre de todos los hombres: débiles, pecadores, ingratos... unos, que se niegan a reconocer a Jesús; otros, que tratan de seguirle y amarle en medio de su debilidad... María, madre de Jesús –nuestra cabeza ya resucitada y gloriosa– y madre de su cuerpo, todavía herido y pobre.



Pentecostés

La sombra del Espíritu Santo, que la ha cubierto durante toda su vida y ha dilatado su fiat hasta el final, se convierte en fuego que la abrasa en Pentecostés. Un fuego que le hace comprender todo el misterio de Dios, revelado en la resurrección de Jesús, junto a aquellos discípulos pobres, miedosos, que negaron a su Hijo y que ahora se convierten en criaturas nuevas, llenas del poder del Espíritu. María y la Iglesia naciente unidas por las palabras de Jesús en la cruz – “Mujer, ahí tienes a tu hijo”, “Ahí tienes a tu madre”– y por la recepción de su Espíritu. Jesús encomienda su comunidad a María y entrega a su Madre al cuidado de su comunidad. Y María se convierte en la Madre de la Iglesia que nace, y ora y camina con

ella mientras va envejeciendo, de nuevo en el silencio, el ocultamiento, la contemplación...

Asunción

Dice san Pablo, “si con Él morimos, viviremos con Él; si con Él sufrimos, reinaremos con Él” (2Tm 2, 12) y María reina ya con su Hijo Jesús en la gloria celestial. Como su cuerpo había sido la morada del Verbo de Dios y como estaba llena del Espíritu, María no podía conocer la corrupción y es elevada al cielo en cuerpo y alma por el poder de Dios. El dogma de la Asunción fue definido muy tardíamente por Pío XII, en el año 1950, pero el pueblo cristiano, con la sabiduría del Espíritu, llevaba siglos celebrándolo. Jesús y María están en el cielo con un cuerpo como el nuestro. La carne que Jesús recibió de su madre está a la derecha del Padre, resucitada y gloriosa. Y la de María también. Una mujer de nuestra raza goza ya de lo que nos espera a todos en el cielo, porque “si el Espíritu de Dios que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, el mismo que resucitó a Jesús de entre los muertos hará revivir vuestros cuerpos mortales por medio de ese Espíritu suyo que habita en vosotros” (Rm 8, 11). Por eso, damos gracias a Jesucristo que, entregado a la muerte por nuestra salvación y resucitado por el poder de Dios, ha derramado su Espíritu sobre nosotros, concediéndonos la vida eterna “porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado” (Rm 5, 5) y hemos sido sellados por ese amor para la eternidad (cf 2Co 1, 21-22).

Esta es nuestra fe, esta es nuestra esperanza y esta es nuestra alegría: en medio de nuestra pobreza y debilidad, caminamos con la fuerza del Espíritu como hijos de la luz, siguiendo a Jesucristo y bajo la protección de María, hacia la Jerusalén celestial, porque desde el día que dijimos sí a Jesús, nuestro Señor y Salvador, nuestra vida y nuestro ser ya no nos pertenecen: están ya escondidos con Cristo en Dios (cf Col 3, 3). ¡A él la gloria por los siglos de los siglos!

María Jesús Casares

Este Mes: Sacramento del Orden

1.: MI SACERDOCIO.

2.: SACERDOCIO, VIDA RELIGIOSA Y RENOVACIÓN CARISMÁTICA.

* Llamados a la santidad

* Desde siempre...

* Desde hace 40 años

3.: TODOS SOMOS SACERDOTES. Intento (por breve) de formación sobre el sacerdocio cristiano.

* Cambio de pensamiento del AT al NT

* Los sacerdotes ordenados

* Sacerdotes servidores

MI SACERDOCIO:

Mi sacerdocio surge de una experiencia de efusión del Espíritu Santo, antes incluso de conocer directamente la Renovación Carismática.

Estando en un encuentro de tono religioso (en la cabeza de los organizadores), pero participando con un grupo de amigos, que no teníamos planes demasiado religiosos... viví al margen del grupo una experiencia profundísima de la presencia de un Dios que no conocía y que no buscaba. Muy pronto comprendí (sin entender casi nada) que debía estar del lado del que me había visitado... Unos cuantos meses después comencé a oír hablar de la RC y poco después entré de todo corazón, reconociendo que el que allí se paseaba era el mismo que me visitó un sábado a media tarde en Majadahonda.

Vida cristiana, renovación carismática y proceso vocacional han sido elementos que desde un principio han viajado juntos en el proceso de mi vida.

Ingresé en la congregación de los Clérigos de San Viator... y, entre hermanos religiosos, siempre sentí la llama

da al sacerdocio. Mi experiencia sacerdotal, muy por encima de todas mis pobrezas y despistes, es un tomar conciencia de la acción de Dios -más que hacia mí mismo- hacia los que él me ha enviado. Celebrar la eucaristía, dar el perdón, imponer las manos... un cúmulo de experiencias que son bendición de Dios y que muchísimas veces me estremecen. Me sobrepasa siempre. Me renueva y me exige una respuesta a la que no llego por mi pecado.

Como para todo cristiano, allí donde el Señor le haya puesto, vivo mi sacerdocio como ese proceso de santidad y servicio al que Dios me llamó y me llama.

Soy religioso-sacerdote. Fuera de consideraciones teológicas de las que intentaré hablar luego. Soy una **joya** -no por lo que yo valga, sino por lo que Dios es—por el ministerio que Dios me ha regalado por pura gracia.

Soy religioso-sacerdote. Con el “privilegio de **ser para los demás**” y de sentir a menudo el meneo de Dios en mi corazón...

Soy religioso-sacerdote. **Testigo privilegiado** mil veces, de lo que Dios hace en las almas que le buscan... Incluso en las que no le buscan pero le encuentran.

Soy religioso-sacerdote. **No exento de los combates espirituales** que todos los creyentes viven. Un hombre en camino, que tiene que realizar su caminar con y al lado del mismo pueblo de Dios al que el Señor ha tenido la delicadeza de llamarme.

Soy religioso-sacerdote. Con procesos de dudas en el camino, y sequedades en mi alma como todos; Pero consciente que la **llamada de Dios** sobrepasa la magia de los que solo buscan milagros a cada esquina. Llamada que es transformación.

Soy religioso-sacerdote. Consciente que Dios no tiene reloj, ni calendario... que no usa agenda, ni móvil. Que tiene su tiempo y sus modos. Y que **su Palabra que es siempre fiel, se cumple**. ¡Incluso por encima de mis pobres deseos!

Este texto que transcribo ahora, es del libro que escribí hace un tiempo (Volviendo a Sicar Monte Carmelo Burgos) Es una especie de oración en la que me dije a mí mismo qué soy, y que puede resumir parte de lo que soy como sacerdote.

HERMANO SACERDOTE!

No tengo necesidad de disfrazarme de cura con palabras y silencios con gestos medidos... contenidos.

*Mi pobreza es tan grande que me da miedo.
Ni huelo a santo ni mi conversión ha tocado a su término; pero... dormido o despierto; diciendo disparates o haciendo el tonto; con los niños o con los grandes, soy un cura.*

El misterio se me cae de entre las manos y lloro tocándolo.

A menudo, tengo que respirar dos veces cuando el gesto de mis manos dan el perdón al Señor reclamado.

*Y el pecho.
El pecho me estalla cuando doy ese pan consagrado a esos desconocidos, mis hermanos.*

No tengo necesidad de disfrazarme escapando de mi locura para saber y sentir

que mi Señor me ha tocado
en lo más íntimo
del Emaús de mi alma.

No tengo necesidad de acusadores
para saber que en mi espontanei-
dad
hay toneladas de pobreza.

Y no tengo necesidad de un prego-
nero
para reconocer que en medio de
tanta miseria
soy una perla inmensa: un cura.

Tan pobre que me doy susto,
pero cura... "hermano sacerdote",
mano sacerdote,
cabeza sacerdote,
mirada sacerdote,
alegría sacerdote,
cuerpo sacerdote,
corazón sacerdote,
pobre y en camino,
creciendo y aprendiendo,
pero hermano,
hermano sacerdote.

Vestidme como queráis.
Pero en mi locura de hombre
hay una flor preciosa
que no he merecido
y que amo tanto
como incapaz soy
de hacerla crecer con mis gestos.

Vestidme como queráis.
Yo no necesito envolver
la flor de mi sacerdocio
con más rocío
que las lágrimas de mis pobreza
y con más sol que la voz del Señor
que reconforta en la miseria.



SACERDOCIO, VIDA RELIGIO- SA Y RENOVACIÓN CARISMÁ- TICA

La Renovación Carismática es una corriente de gracia en la vida de la Iglesia: hermanos y hermanas de todo pueblo, raza y condición. Vocaciones distintas y dispersos por todo el mundo, que han reconocido que **Dios ha optado por regalar el lenguaje de los santos a todos los creyentes.**

LLAMADOS A LA SANTIDAD

"Esta es la voluntad de Dios:
vuestra santificación"

1 Ts 4, 3

Con Pablo podemos comprender que nuestra llamada, como cristianos, a la santidad, es un punto de mira en el horizonte de nuestros corazones.

Ello implica un encuentro personal y permanente con Dios, y que todo cristiano consciente, es gradualmente transformado según su imagen (2 Co 3, 18) y gradualmente purificados de todo lo que haya en nosotros que no sea según Dios. Él teje y reteje constantemente su llamada en medio de nuestros errores.

Una evidencia sin demasiada elucubración es que **el mundo está enfermo**. No la tierra que pisamos o la creación. El "mundo del que nos previene el evangelio, es "el mundo que se aleja de Dios", podríamos decir que es el conjunto de personas, instituciones e intereses terrenos que se oponen a la instauración del Reino de Dios. Y Dios ha ido preparando a lo largo de la historia los **antivirus** necesarios para cada época. Siempre ha habido enfermedad en el mundo, pues siempre ha habido oposición a Dios y a sus planes.

Dios quiere renovar el mundo desde la santidad.

DESDE SIEMPRE...

Dios siempre generó en la sociedad su antivirus contra el mal. En una primera época fueron los santos los que desarrollaron -por la gracia de

Dios- carismas de vida, que contrarrestaban la enfermedad del mundo y de la Iglesia, recordando que solo en Dios el hombre puede ser feliz. Santos conocidos o desconocidos, reconocidos o aún por canonizar, que fueron fieles a las insinuaciones de Dios, son como médicos que vacunan con el remedio que Dios les da: Antonio, Agustín, Francisco de Asís, Francisco de Sales, Úrsula, Luis Querbes, Domingo, Ignacio..., cada uno de ellos comenzó "**surcos espirituales**". Formas de vivir en la sociedad que se han desarrollado a lo largo de toda la historia, y que siguen vigentes en los que continúan con la espiritualidad que ellos comenzaron... **Cada uno de los carismas congregacionales son fuente de santidad para sus miembros y para toda la Iglesia.** No hace falta ser franciscano para aceptar la llamada de la "hermana pobreza". No hace falta ser ni religioso ni sacerdote para saborear la llamada a la santidad que nos hace el cura de Ars.

DESDE HACE CUARENTA AÑOS

Pero el Señor con los cambios en la sociedad y el embotamiento de muchos decidió hacer más. Generó un **nuevo Pentecostés** en medio de todo su pueblo: laicos, religiosos y sacerdotes.

Hace ahora unos cuarenta años, Dios decidió derramar "deseos de su presencia" y las experiencias y llamadas de los santos fundadores en todo el pueblo creyente, como si de un nuevo Pentecostés se tratara. Y esto fuera incluso de esos "surcos carismáticos" que jalonan la historia eclesial desde siempre. **Dios quiso hacer descubrir lo espiritual sin un fundador, sin una espiritualidad adjetiva que filtre lo recibido.** Esta es la experiencia que podemos vivir en la Renovación Carismática Católica en el Espíritu. No es una espiritualidad con fundador a modo de surco por el que andar. Se trata de una "**enorme mancha**" que se extiende como el aceite en la tela, por el testimonio y la gracia de Dios, y que invade todos los sectores de la Iglesia.

Todos los religiosos, en nuestros distintos carismas, y todo sacerdote diocesano en su estilo de vida, tenemos las gracias para nuestra santificación y para el servicio al pueblo santo. Hemos conocido siempre religiosos que han descubierto, siendo jesuitas, la vida de pobreza de Francisco y la han hecho suya. Maristas que se han sentido llamados al estudio de una manera especial, predicadores que han saboreado la delicia de la mística de un sacerdote diocesano como el Cura de Ars... Cada uno dentro del carisma propio, ha podido vivir con normalidad y sin dejar de ser él mismo, las riquezas de los otros surcos de santidad.

Con mayor facilidad aún, se puede entender hoy que un religioso o una religiosa, viviendo en plenitud el carisma de su comunidad o congregación, que un sacerdote con su carácter diocesano propio... puedan dejar que la "mancha espiritual" de la Renovación Carismática, surgida en medio de un pueblo de seglares, penetre en sus esquemas espirituales y que esto también sea, voluntad de Dios para él o para ella.

Mi ser religioso-sacerdote dentro de los Clérigos de San Viator nunca ha supuesto un cambiar de comunidad. He vivido mi consagración religiosa con todos los elementos propios de ella, junto con todas las llamadas y gracias que Dios me ha hecho en la Renovación.

Mi comunidad de vida es canónica y religiosa, la espiritualidad única que es estar con Cristo se ve **profundizada** aún más por la bendición de esta corriente de gracia que es la Renovación Carismática. Si en Dios no hay oposición, ¿por qué podría haberla entre los santos y sus herederos espirituales?

San Francisco de Sales dejó dicho que la diferencia entre el evangelio y la santidad no es más que la que hay entre una partitura y la música cantada.

¡Cantemos alabanzas a Dios con orquesta y coro!

¡Unamos cada uno de los instrumentos de nuestros carismas congregacionales a la oración de todo el pueblo de Dios! ¡Que cada uno aporte sus instrumentos y sus voces!

¡EL SEÑOR MERECE UNA ALABANZA ARMONIOSA!

TODOS SOMOS SACERDOTES.

Intento (por breve) de formación sobre el sentido del sacerdocio cristiano²

Todo cristiano es sacerdote. En el bautismo somos ungidos como sacerdotes, profetas y reyes...

¿Cómo entender entonces nuestro "sacerdocio común" por el bautismo propio de todos los cristianos? ¿Y el sacerdocio ministerial de los "curas"?

CAMBIO DE PENSAMIENTO DEL A.T. AL N.T.

Según la tradición de Israel, Jesús no podría ni por su nacimiento, ni por su ministerio, ni por su muerte, ser considerado sacerdote.

Los primeros predicadores ni le presentaron a Jesús como sacerdote ni ellos se vieron como tales. Según la mentalidad de la época su ministerio no era un sacerdocio: no estaba vinculado a un edificio sagrado, ni tenía que ver con la inmolación de animales en un altar ni con otros ritos parecidos. Había por todo ello, una verdadera ruptura de su nuevo pensamiento religioso con el sacerdocio antiguo que conocían.

Pensemos por ejemplo en el sacerdote y el levita de la parábola del buen samaritano: Ellos, al no ayudar al herido, cumplen la ley. No deben tocar sangre, ni a un muerto... Tendrían que realizar ritos de purificación para poder orar litúrgicamente.

La nueva visión de Cristo. Su modo nuevo de hacer en nombre de su Padre, se basa en hablar y presidir según Dios y a la vez, obrar con misericordia también en su nombre.

Poco a poco los primeros cristianos fueron entendiendo el **nuevo sacerdocio** de Jesús recordando sus palabras³. Recordar la última cena y ver la cruz como un sacrificio ofrecido por el mismo Jesús fue dando una nueva visión del sacerdocio... Se pasa de un sacrificio cruento de un animal, ofrecido en el templo, a un acontecimiento en el que Jesús había comprometido todo su ser obedeciendo a Dios. De un animal en el templo se pasa al "cordero de Dios"

Es la epístola a los Hebreos la que desarrolla con detalle este descubrimiento y esta transformación de pensamiento, y que llega a la conclusión de que **no existe más que un solo sacerdote en el pleno sentido de la palabra: Jesucristo**. Solo él ha cumplido con éxito la labor de mediación⁴.

El libro del Apocalipsis atribuye el título de "sacerdotes" a todos los cristianos y especialmente entre ellos a los que hayan llegado al martirio; pero siempre declarando que este sacerdocio depende de Cristo. Será la carta de Pedro la que concretará el sentido del "sacerdocio común" de todos los fieles al decir que todos los cristianos son sacerdotes gracias a la adhesión a Cristo.

El que se adhiere a Cristo se asocia a su sacerdocio, ya que encuentra en Cristo una relación inmediata con Dios. Es imposible llegar al Padre sin Cristo (Jn 14, 6). Los creyentes somos asimilados a Cristo, nos convertimos en miembros del cuerpo de Cristo. **Con y en él, constituimos el santuario de Dios y somos sacerdotes de Dios.**

Todos los creyentes están llamados a ofrecer "sacrificios espirituales agradables a Dios por medio de Jesucristo", "a elevar incesantemente hacia Dios, por Jesucristo, un sacrificio de alabanza" y a "no olvidarse de hacer el bien y de practicar la mutua ayuda comunitaria, ya que semejantes sacrificios son los que agradan a Dios". Por eso tienen que "presentarse ellos mismos a Dios en sacrificio vivo y santo que le resulte

agradable” (1P 2, 5; Hb 13, 15ss; Rm 12, 1)

LOS SACERDOTES ORDENADOS

Los sacerdotes ordenados por el sacramento del Orden⁵ participan como todo creyente de este sacerdocio común, del sacerdocio del pueblo de Dios.

Entre los primeros cristianos la idea de un sacerdocio distinto y en paralelo al sacerdocio antiguo de Israel no existía. El sentido de presbítero (“más anciano”), y que es el término del que procede el lenguaje sacerdotal que utilizamos, no tiene uso en las primeras comunidades de la misma manera que ahora. Su origen está en el mundo judío, donde los más ancianos (*presbíteros*⁶) eran los encargados de dirigir la comunidad y en verdad, en un principio, en Israel eran los más ancianos los que formaban este cuerpo de dirigentes. Los “ancianos del pueblo” eran uno de los tres grupos de notables que formaban en Jerusalén el gran Sanedrín y eran el elemento más laico del Sanedrín, frente a los otros dos grupos: sumos sacerdotes y letrados o doctores de la ley.

Desde las comunidades judías este apelativo laico de presbítero, pasó a las primeras comunidades cristianas y casi con la misma función. Luego se extendió por toda la Iglesia. Pero este apelativo de “presbítero” no tenía una función sacerdotal.

En los Hechos de los Apóstoles la situación cambia sensiblemente, ya que al lado del empleo judío de este término vemos aparecer su uso cristiano. Lucas menciona en varias ocasiones la existencia de los “ancianos” en la Iglesia de Jerusalén; refiere también cómo Pablo y Bernabé designaron algunos “ancianos” en las comunidades recientemente fundadas (*Hch 14,23*) y que Pablo convocó a “los ancianos de Éfeso” durante su paso por Mileto (*Hch 20, 17*). Otros textos del NT nos indican la misma idea de la palabra⁷. Y Pablo en Tit 1, 5 ordena a Tito que establezca “presbíteros” en cada comunidad.

A medida que la reflexión cristiana iba profundizando en los diversos aspectos del ministerio de los “presbíteros”, la palabra que los designaba adquiriría, en el curso de los siglos, una mayor riqueza de contenido e iba tomando en particular una connotación sacerdotal cada vez más marcada

La primera carta de San Pedro es el único escrito del NT que habla a la vez de la dignidad sacerdotal de los creyentes (2, 1-10) y de “presbíteros” cristianos (*ver la exhortación en el capítulo 5, 1-4*), pero sin conexión en los textos, entre las dos expresiones. Solo quiero hacer notar que no usa nunca el término “presbítero” cuando habla de la Iglesia como “organismo sacerdotal”.

Es difícil, dado el momento histórico, tan cercano al mundo sacerdotal judío, que Pedro usara la palabra “sacerdote” para los “ancianos” (*presbíteros*) que dirigían las comunidades, aunque la función de estos ancianos ya no sea la misma que se tenía en el mundo judío. La función cristiana ha cambiado y se ha profundizado, aunque se siga usando una palabra judía con sentido y contenido más restrictivo⁸.

Lo que también es claro para Pedro es que el sacerdocio de la Iglesia (*sacerdocio común de todos los creyentes*) no se basa en el ministerio de los nuevos presbíteros, ya con funciones sacerdotales cristianas. El fundamento del ministerio de presbíteros (*sacerdotal*) es el mismo que el sacerdocio de los creyentes.

Les dice a los presbíteros:

Quiero aconsejar ahora a los ancianos de vuestras congregaciones, yo que soy anciano como ellos y testigo de los sufrimientos de Cristo, y que, lo mismo que ellos, voy a tener parte en la gloria que ha de manifestarse. Cuidad de las ovejas de Dios que os han sido confiadas; hacedlo de buena voluntad, como Dios quiere, y no como a la fuerza o por ambición de dinero. Realizad vuestro traba-

jo de buena gana, no comportándoos como si fuerais dueños de quienes están a vuestro cuidado, sino procurando ser un ejemplo para ellos. Así, cuando aparezca el Pastor principal, recibiréis la corona de la gloria, una corona que jamás se marchitará.

1 P 5, 1-4

Pablo realizará un paralelismo su-gerente entre el servicio sacerdotal que se ejercía en el templo y el ministerio del evangelio⁹:

¿No sabéis que los ministros del culto viven del culto? ¿Que los que sirven al altar, del altar participan? Del mismo modo, también el Señor ha ordenado que los que predicán el evangelio vivan del evangelio.

1 Cor 9, 13-14

El desarrollo de pensamiento religioso que se da en las comunidades en concreto, nos lleva a la dedicación de unos hermanos a “labores sacerdotales” aún sin el empleo en un primer momento de títulos.

Todo “sacerdote ordenado” parte en su ministerio del sacerdocio común de todo el pueblo de Dios. Vemos en la Epístola a los Hebreos ese situar al lado de Cristo a los “dirigentes” de la comunidad evocando su ministerio de la palabra, su cura de almas¹⁰, su autoridad¹¹.

Con el tiempo, Pablo llegará a definir el ministerio apostólico como una capacidad de origen divino y no humano, que hace de los apóstoles los “ministros de una alianza nueva” (2 Cor 3, 6).

SACERDOTES SERVIDORES

La Iglesia afirma que el sacerdocio ministerial lo es, pues la mediación de Cristo se hace presente por medio de él; y el elemento más específico del sacerdocio es el ejercicio de la mediación entre Dios y los hombres.

Pero hay que ser siempre bien conscientes, como elemento importantísimo, que los pastores no están separados del rebaño, sino que forman

parte de él. Sometidos como están también ellos a todas las exigencias de la vocación cristiana. Su ministerio no les lleva a formar una casta aparte sino, al contrario, les pone al servicio de la comunión entre todos.

El sacerdote nuevo es **liberador**, no podrá ser nunca un generador de adeptos, sino una catapulta que lanza la vida entera hacia Dios. Como un Juan el Bautista, que imaginamos con el dedo estirado señalando a sus discípulos al cordero de Dios quedándose, luego, solo.

El sacerdote nuevo es por definición un **hombre libre**. No pertenece ni debe pleitesía a ninguna tribu o nación. Su único lazo es Cristo. Su única adhesión es “toda la Iglesia”. Es un hombre que no pertenece sacerdotalmente a nadie. Su pertenencia o heredad, es todo el pueblo de Dios; y él mismo pertenece a todo el pueblo

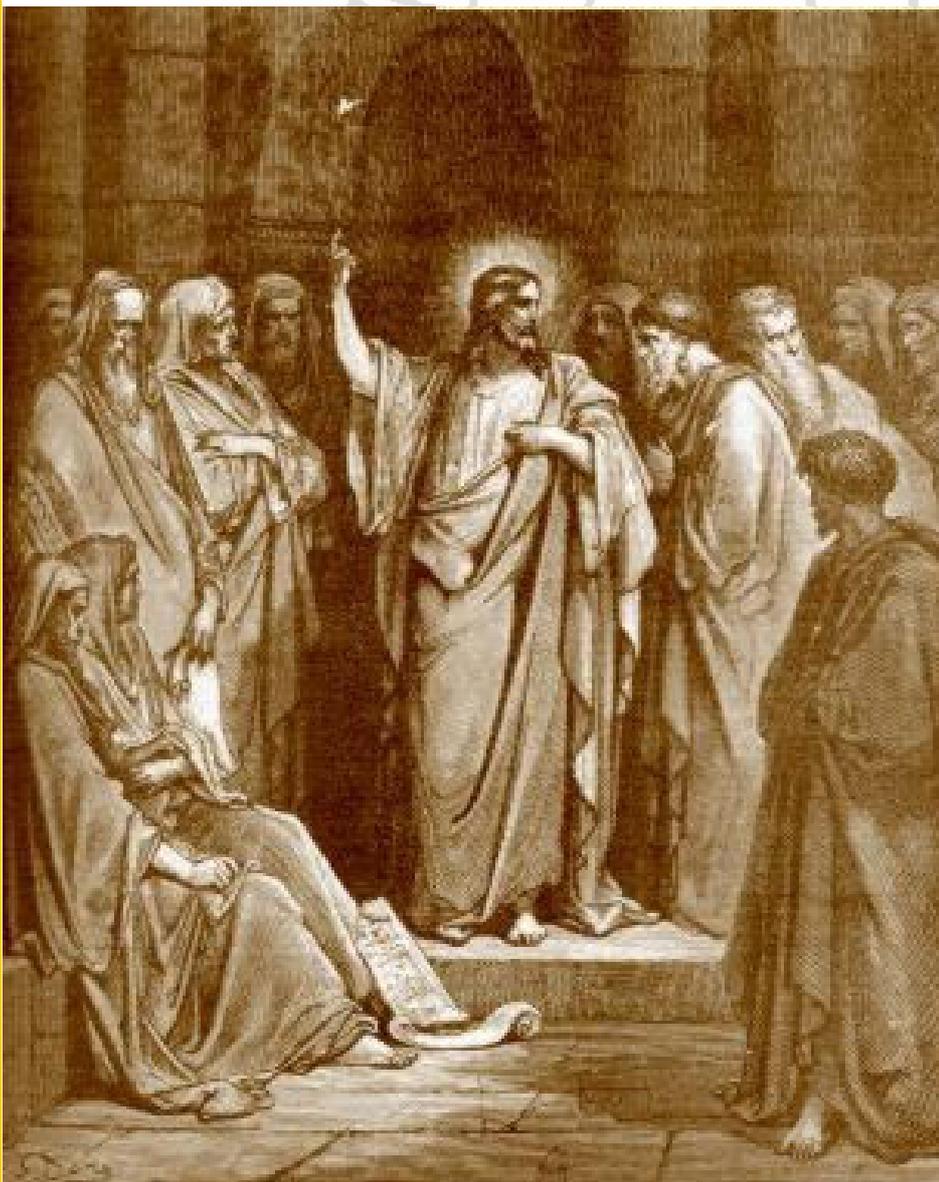
santo. Su consagración sacerdotal no puede tener exclusivismos ni afectivos, ni sociales, ni étnicos, ni nacionales. Debe ser hombre universal. Esto es fruto de su carisma a la par que es la grandeza de su corazón.

El sacerdocio de Cristo no se realizó en una ceremonia sino en un acontecimiento, en la ofrenda de su propia vida. **El sacerdocio de la Iglesia no consiste en celebrar unos ritos, sino en transformar la existencia real, abriéndola a la acción del Espíritu Santo y a los impulsos de la caridad.** Desde esta perspectiva únicamente cristiana, los sacerdotes ordenados están al servicio del pueblo santo (*del sacerdocio común*) y no al revés.

Podemos decir que es claro en el pensamiento de la Iglesia que, para ejercer el sacerdocio, no basta con ocupar ante Dios una posición privile-

giada, ni con poder hablar en nombre de Dios. Se necesita, además, estar estrechamente vinculado a los hombres. La función del sacerdote consiste en realizar una mediación ente los hombres y Dios. Por eso, cuando el NT nos presenta la figura de Jesús diferenciándola de los sacerdotes del templo de Jerusalén, presenta a un Jesús con autoridad gloriosa, a la vez que un Jesús lleno de misericordia con los hombres.

Chalo Glz, csv.
ggchalo@csviator.es



¹GONZALEZ Chalo Volviendo a Sicar Monte Carmelo p 283

²En los aspectos bíblicos ver: VAN-HOYE Albert sacerdotes antiguos, sacerdote nuevo. Ed Sígueme .

³1 Cor 11, 25; Mt 26, 28

⁴1Tim 2, 5

⁵Los que entran a formar parte de la jerarquía de la Iglesia con obispos y diáconos, no como un honor personal, sino como una llamada al servicio.

⁶En el episodio de la mujer adúltera: los acusadores se retiran empezando por los más ancianos (presbíteros) Jn 8,9

⁷1 Tim 5, 17.19; Tit 1, 5; Sant 5, 14; 1 Pd 5, 1...

⁸Para comprender que pueden cambiar las funciones y seguir con el mismo término, un ejemplo en el lenguaje moderno nos puede ayudar: La palabra “chófer”, que tiene su origen en el francés “chauffeur” (fogonero en las máquinas de vapor) ha mantenido su uso (hoy conductor de automóvil) aunque se ha pasado de la locomotora de vapor al motor de explosión.

⁹Ver también en el mismo sentido: Rm 15, 16

¹⁰Hb 13, 7.17

¹¹No olvidar que desde la epístola a los Hebreos, uno de los aspectos del sacerdocio de Cristo es el poder hablar en nombre de Dios.

Para Meditar...

De los sermones de san Anselmo, obispo (sermón 52)

¡Oh Virgen, por tu bendición queda bendita toda criatura!



El cielo, las estrellas, la tierra, los ríos, el día y la noche, y todo cuanto está sometido al poder o utilidad de los hombres, se felicitan de la gloria perdida, pues nueva gracia inefable, resucitada en cierto modo por ti, ¡oh Señora!, les ha sido concedida. Todas las cosas se encontraban como muertas, al haber perdido su innata dignidad de servir al dominio y al uso de aquellos que alaban a Dios, para lo que habían sido creadas; se encontraban aplastadas por la opresión y como descoloridas por el abuso que de ellas hacían los servidores de los ídolos, para los que no habían sido creadas. Pero ahora, como resucitadas, felicitan a María, al verse regidas por el dominio y honradas por el uso de los que alaban al Señor.

Ante la nueva e inestimable gracia, las cosas todas saltaron de gozo, al sentir que, en adelante, no solo estaban regidas por la presencia rectora e invisible de Dios, su creador, sino que también, usando de ellas visiblemente, las santificaba. Tan grandes bienes eran obra del bendito fruto del seno bendito de la bendita María.

Por la plenitud de tu gracia, lo que estaba cautivo en el infierno se

alegra por su liberación, y lo que estaba por encima del mundo se regocija por su restauración. En efecto, por el poder del Hijo glorioso de tu gloriosa virginidad, los justos que perecieron antes de la muerte vivificadora de Cristo se alegran de que haya sido destruida su cautividad, y los ángeles se felicitan al ver restaurada su ciudad medio derruida.

¡Oh mujer llena de gracia, sobrebundante de gracia, cuya plenitud desborda a la creación entera y la hace reverdecer! ¡Oh Virgen bendita, bendita por encima de todo, por tu bendición queda bendita toda criatura, no sólo la creación por el Creador, sino también el Creador por la criatura!

Dios entregó a María su propio Hijo, el único igual a él, a quien engendra de corazón como amándose a sí mismo. Valiéndose de María, se hizo Dios un Hijo, no distinto, sino el mismo, para que realmente fuese uno y el mismo el Hijo de Dios y de María. Todo lo que nace es criatura de Dios, y Dios nace de María. Dios creó todas las cosas, y María engendró a Dios. Dios, que hizo todas, y María engendró a Dios. Dios, que hizo todas las cosas, se hizo a sí mismo mediante María; y, de este modo, volvió a hacer todo lo que había hecho. El que pudo hacer todas las cosas de la nada no quiso rehacer sin María lo que había sido manchado.

Dios es, pues, el padre de las cosas creadas; y María es la madre de las cosas recreadas. Dios es el padre a quien se debe la constitución del mundo; y María es la madre a quien se debe su restauración. Pues Dios engendró a aquel por quien todo fue hecho; y María dio a luz a aquel por quien todo fue salvado. Dios engendró a aquel sin el cual nada existe; y María dio a luz a aquel sin el cual nada subsiste.

¡Verdaderamente el Señor está contigo, puesto que ha hecho que toda criatura te debiera tanto como a él!

El Rincón de los Testimonios

Desde Bolivia ...

Hola Beatriz,

¿Cómo estás? Quizá te sorprenda recibir este mail desde Bolivia, sin saber quién soy... pero bueno, intentaré de manera breve explicarte quién soy y el porqué de esta carta.

Soy Rocío, una chica salmantina que vive en Bolivia desde hace tres años. Soy misionera de la Asociación Misioneros Amigos del Silencio y, por casualidad, la causa fue Dios, hace dos años estuve en un encuentro nacional de la RCCeE en Madrid. Creo que fue allí donde me pidieron el mail, y lo escribí en una hojita y, desde entonces, recibo fielmente cada semana el comentario evangélico de cada domingo. No sabes cuánto te lo agradezco.

Seguramente no conozcas la Misión del Silencio, nuestra organización; en pocas palabras te digo que es una misión que nació en Salamanca, y ahora está también en Bolivia, con un objetivo claro y definido: ayudar a los

más pobres y evangelizar en cualquier ambiente. También tengo que decirte que somos carismáticos y trabajamos desde ahí.

Somos una pequeña comunidad, españoles y bolivianos, que tratamos de vivir el espíritu de la renovación carismática, trabajando en continua adoración y alabanza en medio de los pobres.

Hace un año abrimos una nueva actividad en esta Misión: el Café Carismático, un lugar de encuentro para todo tipo de personas, donde oramos, alabamos al Señor, compartimos la Palabra y tomamos un café y un pastelito, con toda la gente que viene... y es un medio de evangelización.

Aparte de esto trabajamos con niños muy pobres de 4 a 15 años, en un programa de familias, comedor escolar, apoyo escolar... y por la noche abrimos nuestra casa para que toda la gente que duerme en la calle -que es mucha- puedan venir a dormir aquí.

Cuando están durmiendo, salimos a la calle a repartir cena a los que no vinieron y salimos con una guitarra para alabar al Señor con ellos... y descubrimos día a día esa palabra del Señor... los pobres nos evangelizan... que se hace presente.

Quizá te estoy aburriendo, pero nada más me queda pedirte oraciones a ti y tu comunidad. Si quieres, me gustaría que me escribieras y me explicaras un poquito quiénes sois vosotros, cómo es vuestra comunidad... y quién sabe si algún día nos encontraremos en España, o quizá aquí en Bolivia. Estaríamos felices de que vinieran.

Un fuerte abrazo en el Señor.

Una petición más de oración: vamos a salir a la calle a hacer una campaña de evangelización para jóvenes; si pudieran les rogamos lo tengan presente en sus oraciones, al igual que el Café Carismático.



El Rincón de los Testimonios

Juan Manuel Martín Moreno, S.I. 50 años Jesuita

Queridos amigos:

Quiero compartir con vosotros una alegría muy grande y que os unáis conmigo para dar gracias a Dios. El próximo domingo 23 de septiembre cumplo cincuenta años de vida como jesuita. En el año 1957 ese fue el día en que entré en el noviciado de la Compañía de Jesús en Aranjuez. Estaba solo a 50 kilómetros de Madrid, donde nací y donde vivía con mis padres, pero fue el viaje de mi vida que me ha llevado más lejos. Y al mismo tiempo un viaje sin retorno. Me acompañó mi hermano, porque a mis padres se les hacía muy duro acompañarme y prefirieron despedirse en la casa. Entonces los religiosos ya no volvíamos nunca a casa.

De hecho yo regresé sólo a los dos años, porque falleció mi padre el mismo día en que hice los votos perpetuos en la capilla del noviciado. Vino mi familia a pasar el día conmigo, pero mi padre no se encontraba bien y se quedó en casa con su madre, mi abuela y madrina. Cuando regresó mi familia a Madrid después de pasar un día tan bonito, se lo encontraron muerto. Se cumplen también en este día 48 años de su fallecimiento.

Aquel día tenía solo 16 años, porque me faltaban veinte días para cumplir los 17. Muchos me han comentado que yo era un niño entonces y que no podía saber lo que quería. Estoy convencido de que en aquel momento sabía perfectamente lo que quería en la vida, y de hecho sigo viviendo de aquella decisión que hice entonces, y de la que no me he arrepentido en ningún momento de mi vida.

En mi ordenación sacerdotal, once años después, elegí una frase de la Biblia para poner en mi estampa recordatorio. No me fue difícil escoger el texto. Está en la segunda Carta a



los Corintios 5, 20. Dice ahí san Pablo: “Somos embajadores de Cristo”.

Desde niño, cuando me preguntaban qué quería ser de mayor, siempre contestaba lo mismo: “Quiero ser diplomático”. Junto con José, mi amigo más íntimo de la infancia, los dos lo teníamos muy claro. Su madre era íntima amiga de la mía, y nosotros la llamábamos tía, aunque no teníamos ningún parentesco. Ella era panameña, hija del embajador de Panamá en Madrid durante la guerra. En aquella embajada se refugió mi padre para salvar la vida porque le buscaban para matarlo. José estudiaba también conmigo en el mismo colegio y en el mismo aula. Los dos queríamos ser diplomáticos, aunque luego ninguno de los dos hemos sido diplomáticos en el sentido literal de la palabra.

Más tarde caí en la cuenta de que yo, de un modo diferente, he terminado siendo diplomático, embajador no ya del Rey de España, sino del Rey de Reyes. Mi vocación me ha llevado a viajar mucho, como los diplomáticos. He vivido veinte años fuera de España en seis países distintos y en tres continentes, Europa, Asia y América. Me ha tocado aprender muchos idiomas, que es otro rasgo típico de los diplomáticos. Mis necesidades pastorales y docentes me han llevado a aprender siete idiomas a lo largo de mi vida. Eso supone una apertura a otros mundos, a otras culturas.

Pero he sido, como Pablo, embajador no en trajes de gala, ni visitando palacios, sino como él dice: “embajador entre cadenas”, en circunstancias difíciles y precarias, viviendo entre los pobres, con un estilo

de vida sencillo. No he estado preso en la cárcel, pero sí me ha gustado siempre visitar las cárceles. Empecé con este ministerio en Cáceres, luego lo practiqué de manera asidua en Israel visitando a los presos cristianos de las cárceles del país, en Jaén del Perú y luego también en Madrid en la prisión de Valdemoro.

De joven en la misión del Marañón, pude también practicar esta vocación a ser embajador de Cristo entre los pobres. Fue la etapa que viví más intensamente en toda mi vida, y sus recuerdos se quedaron grabados tan firmemente en mí que, al jubilarme de profesor en Comillas, he pensado que no habría lugar más bonito para los últimos años de mi vida que regresar a aquella misión. Fue mi primer destino recién ordenado de sacerdote, como quien dice, “mi primer amor”. Quisiera que fuera también el último.

Varias veces he querido formular en una frase corta y sencilla cuál ha sido el sentido de mi vida durante estos cincuenta años. La frase que más me llena es la siguiente: “Que Jesucristo sea más conocido y amado por todos”. No puedo desear para mí, para los que amo y para el mundo entero nada mejor. He intentado transmitir a todos una hermosa imagen de Jesús a través de mis palabras y a través de mis escritos.

Soy consciente de mis muchos fallos, pecados y limitaciones. Hace 30 años, en un momento especial de mi vida, me llevaron al borde de un precipicio en el que estuve a punto de frustrar esta hermosa vocación recibida de Dios. Experimenté entonces, como nunca, lo que significa tener a Jesús como salvador. Él salvó entonces mi vida para que pudiera continuar sirviéndole. En aquel momento fue la Renovación carismática el instrumento de Jesús para salvar mi vocación, y por eso sería enormemente ingrato si alguna vez volviera la espalda a esta corriente de gracia en la Iglesia que a mí y a tantísimos otros les ha ayudado a renovar su vida cristiana y su vocación.

He sido siempre un jesuita algo atípico. Pero creo que este es uno de

los rasgos más típicos de los jesuitas, el ser atípicos. Dado mis frecuentes cambios de país y de destino me he sentido siempre un poco desarraigado y no totalmente identificado con los modelos prevalentes del jesuita típico. No me he acabado de identificar nunca ni con los ‘progres’ ni con los tradicionalistas. A veces me he quejado internamente a Dios de esta soledad espiritual en la que he tenido que vivir. Hasta que un día el Señor me hizo comprender que, por no estar identificado del todo con ningún grupo, es por lo que podía pertenecer a todos. Me consoló mucho esta idea, y he tratado de vivirla.

No os quiero aburrir más con esta página que puede parecer un testamento. Quizás lo sea. En la familia de mi padre casi todos los varones han muerto relativamente jóvenes, mi padre con 50 años, mi abuelo con 60, mi único hermano con 64. Con mis casi 67 años ya soy longevo y superviviente. Mi corazón me avisa insistentemente que tengo que estar siempre preparado. La insuficiencia coronaria no consiguieron solucionarla del todo con los dos bypasses que me hicieron en una operación a corazón abierto hace 8 años.

Quiero pasar al capítulo del agradecimiento. Primero quisiera dar gracias a Dios por mi familia, donde nació y se gestó mi vocación. Mi pequeña familia fue muy reducida: mis padres, mi hermano y yo. Ya sólo vivo yo. Fueron creyentes y me enseñaron a creer y a amar. Es la herencia más preciosa que he recibido de ellos. Estoy convencido de que ya gozan de Dios y quisiera un día reunirme con ellos.

En segundo lugar quiero dar gracias a Dios por la Compañía de Jesús en la que he vivido estos cincuenta años. De ella he recibido todo lo que he ido llegando a ser y lo que he ido llegando a pensar. Hasta mi propia crítica de determinados aspectos menos gratos de la Compañía la he recibido también de la misma Compañía. En ella he conocido en estos años compañeros maravillosos, entre mis formadores y superiores, entre mis compañeros y entre mis alumnos. He

conocido entre ellos a bastantes santos que, aunque nunca lleguen a ser canonizados, ya lo han sido en el altar de mi corazón. Quisiera citar solo a dos: Monseñor Hornedo y el santo Padre Solís. Y otros muchos que todavía viven y me enorgullezco de ser su hermano. Nunca pensaría en bajarme de un autobús en el que tengo tan estupendos compañeros de viaje.

Quiero dar gracias a Dios también por los miembros de las comunidades de laicos con las que he compartido en estos años: Magnícat, Fontanar, Vasijas de Barro, Éxodo. En ellas me he sentido querido y capaz de querer. Me han hecho sentir que mi corazón está vivo. He podido compartir con ellos esa hermosa imagen de Jesús que trato de difundir, y creo que todos ellos han contribuido a dar sentido a mi vida porque juntos hemos aprendido a conocer y a amar más a Jesucristo.

Quisiera dar gracias a Dios también por todas las otras personas conocidas en el ejercicio de mi ministerio sacerdotal. En primer lugar a los pobres, los enfermos, los presos y, de un modo muy especial, a los catequistas de Jaén. También a mis alumnos en los seminarios del Huito, de Cáceres, de Murcia, de Jerusalén y de Belén, y a mis alumnos en la universidad de Comillas. A todas las personas a quienes he acompañado espiritualmente en ejercicios y retiros: sacerdotes, religiosos y religiosas, jóvenes, matrimonios. Gracias a todos porque me habéis dado a mí infinitamente más de lo que yo os haya podido dar a vosotros.

Desde esta misión de San Francisco Javier del Marañón en el Perú, os recordaré a todos el próximo domingo 23 de septiembre, y os pido que tengáis también un recuerdo y una oración para mí, uniéndoos conmigo en la Eucaristía del domingo para dar gracias a Dios por todo lo que nos ha concedido juntos. Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterno su amor.

Un fuerte abrazo para todos vosotros,

Juan Manuel

Recordemos qué es la Renovación

Matteo Calisi

13 días de bendición: la alegría

(Boletín ICCRS marzo-abril 2004)

Cuando una persona participa en una reunión de oración carismática por primera vez, una de las cosas que le sorprende es la expresión de alegría evidente entre los participantes. Esto puede parecer insólito para aquellos que están acostumbrados a celebraciones religiosas algo más sosegadas, sin mucha expresión externa. Para otros, sin embargo, es una razón atractiva para implicarse en ellas. ¿Qué es lo que lleva a los carismáticos a demostrar unas experiencias tan alegres?

La alegría en la tradición de la Biblia

En sus epístolas, San Pablo se refiere a nuestra alegría como fruto del Espíritu Santo (Ga 5,22). Cuando los creyentes permiten que sus vidas sean guiadas y moldeadas por el Espíritu Santo en vez de por los deseos de la carne, es natural que esa alegría sea el fruto.

Por esta razón, San Pablo urge a los cristianos que han tenido la experiencia de la fe a alegrarse: “Estad siempre alegres en el Señor; os lo repito, estad alegres” (Flp 4,4).

Los primeros cristianos tuvieron la experiencia de la alegría, que estaba presente en su culto: “Prorrumpid a una en gritos de júbilo, soledades de Jerusalén, porque ha consolado Yahvé a su pueblo, ha rescatado a Jerusalén” (Is 52, 9).

Y de nuevo: “...yo les traeré a mi monte santo y les alegraré en mi Casa de oración” (Is 56,7). “¡Reina Yahvé! ¡La tierra exulte, alégrense las islas numerosas! (...) Justos, alegraos en Yahvé, celebrad su memoria sagrada” (Sal 97 1; 12). “¡Alegraos en Yahvé, oh justos, exultad, gritad de gozo, todos los de recto corazón!” (Sal 32,11).

Las expresiones visibles eran el grito de alegría, la danza, el canto, el uso de diversos instrumentos musicales el aplauso o levantar las manos

hacia el cielo, la exultación, orar en leguas, etc... al estilo del salmo 150, 3-5.

La alegría en la tradición de la Iglesia primitiva

Los Santos Padres de la Iglesia nos recuerdan cómo esas expresiones visibles eran parte fundamental de la liturgia antigua. San Agustín de Hipona se llenó de la alegría del Espíritu Santo al escuchar las alabanzas compuestas por San Ambrosio de Milán. Fue tal el efecto que esto tuvo en él que le llevaron a su conversión.

Durante su ministerio episcopal, Agustín describió la canción de alegría de la liturgia oriental así: “...Canta con alegría. ¿Qué significa alegrarse? Significa cantar con el corazón, sin ser capaz de explicar con palabras lo que se canta (...) ¿Y a quién se eleva esta alegría si no es al Dios inefable? De hecho, inefable es lo que no se puede decir: y si no puedes decirlo pero de todos modos tampoco puedes estar callado, ¿qué queda sino alegrarse de un modo que abre el corazón con una alegría sin palabras, una alegría que va mucho más allá de los límites de las palabras? Muy bien, cántale con alegría” (Comentario al salmo 32).

La alegría en las vidas de los santos

En la Edad Media, Tomás de Celano, el conocido hagiógrafo y autor de las *Fioretti* (Floreccillas), describe la experiencia de la alegría en la vida de San Francisco de Asís así: “A veces era así. Cuando la melodía más dulce del Espíritu hacía surgir el fervor en su pecho, este fervor aparecía externamente como palabras en francés” (FF § 711).

Pero, paradójicamente, la alegría también puede ser el fruto de la persecución y el sufrimiento por el Evangelio. Jesús declara en el Evangelio de San Mateo:

“Bienaventurados seréis cuando os

injurien, os persigan y digan con mentira toda clase de mal contra vosotros por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en los cielos” (Mt 5, 11-12).

La alegría en la Iglesia hoy

El Evangelio encierra el auténtico secreto de la verdadera alegría que Jesús ha revelado: “No os alegréis de que los espíritus se os sometan; alegraos de que vuestros nombres estén escritos en los cielos” (Lc 10,20).

Hoy, las expresiones de alegría, sean parte de la liturgia formal o de otras formas de culto como el carismático, incluyen la música y el canto. La música es a menudo el vehículo ideal por el que se puede expresar la alegría. Su naturaleza característica impenetrable ayuda al alma a contactar con lo divino y sobrenatural. De este modo la RCC hoy recobra algunas fuentes de alegría de la liturgia tradicional, esperando que, con su humilde contribución, todos los fieles de la Iglesia contemporánea puedan ofrecer y elevar sus espíritus cuando participan en la celebración de la Eucaristía, la expresión más importante de la Iglesia.

“Por tanto, la Iglesia, con solícito cuidado, procura que los cristianos no asistan a este misterio de fe como extraños y mudos espectadores sino que, comprendiéndolo bien a través de los ritos y oraciones, participen conscientemente, piadosa y activamente” (Constitución sobre la Sagrada Liturgia 48, Concilio Ecuménico Vaticano II).

Hoy también sentimos la necesidad extrema de ver madurar el fruto de la alegría pascual en nuestras comunidades, para que la generación actual y la del futuro puedan sorprenderse y asombrarse con la alegría pascual de aquellos que se han encontrado con Jesucristo vivo y resucitado.

Matteo Calisi

40 años de Renovación Carismática

En febrero del año 1967, un grupo de estudiantes de la Universidad de Pittsburg, en Estados Unidos, acompañados de su capellán y sus tutores, se reunieron en una pequeña mansión llamada *El arca y la paloma*, para celebrar un retiro de fin de semana. Y lo que allí sucedió se ha esparcido por el mundo “como fuego por un cañaveral”. Allí nació lo que hoy conocemos con el nombre de Renovación Carismática Católica. Cuarenta años después de aquel retiro, nosotros lo recordamos y actualizamos, para que el fuego que allí se encendió no se apague nunca en esta tierra.

“Mantened el fuego de Pentecostés, tened alegría en presencia del Señor, profundizad vuestra vida espiritual y seguid adelante en fe, evangelizad, sed testigos y servid a los pobres, construid y proteged la unidad y estad abiertos a las sorpresas del Espíritu Santo.”

1. Encuentro en Varsovia

Los días 27-30 de septiembre de 2007 se celebró en Varsovia un encuentro para celebrar los cuarenta años del nacimiento de la Renovación, al que asistimos unos 150 hermanos, procedentes de casi todos los países de Europa. Fue un gran gozo encontrarnos con hermanos de Bielorrusia, Eslovenia, Polonia, Letonia, Hungría, Rumanía, República Checa..., y hasta de Turquía, donde han comenzado a aparecer los primeros grupos de oración. De España estuvimos presentes cinco hermanos, más las dos traductoras oficiales.

El ambiente no fue especialmente atractivo, lo tengo que confesar. No se parecía en nada al que se respira en nuestros grupos, en nuestros retiros y en nuestras asambleas. No hubo ninguna manifestación de alegría, excepto el rato de la “noche alegre”, que fue lo mejor del encuentro. La oración estuvo bastante controlada, sin ningu-

na explosión de alabanza ni de canto en lenguas. Las eucaristías resultaron demasiado *formales*. Y, sin embargo, allí estábamos 150 hermanos unidos en el Señor, caminando en la misma dirección, impulsados por el mismo Espíritu, desbordados por la misma experiencia de gracia. Eso es lo mejor de estos encuentros: estar juntos, compartir y conocer de primera mano lo que el Señor está haciendo, no sólo en mi grupo, ni sólo en mi ciudad, sino en todas las naciones de la tierra.

No fue una celebración muy gozosa, pero fue una celebración. La Renovación sigue su camino, impulsada

por el Espíritu. Aquí y allá surgen las dificultades propias de un organismo vivo. Pero el Señor sigue vivo y glorioso en medio de nosotros. ¿Quién hubiera podido imaginar hace cuarenta años una gracia tan desbordante como la que hemos conocido en la Renovación?

En junio del año 2006, algunos de los responsables internacionales se reunieron en Fiuggi para compartir sobre los aspectos esenciales de la Renovación y para tratar de discernir el camino por donde el Espíritu Santo quiere llevar esta corriente de gracia. El ICCRS recogió en unos cuantos puntos el resultado de aquellas conversaciones: la Renovación está llamada a introducir a los católicos en el bautismo en el Espíritu, a alentar el uso de los carismas, a la evangelización, a la formación de responsables, a la unidad, al servicio de los pobres, a la vuelta al amor primero... En el silencio de la adoración fueron pronunciadas estas palabras: “Mantened el fuego de Pentecostés, tened alegría en presencia del Señor, profundizad vuestra vida espiritual y seguid adelante en fe, evangelizad, sed testigos y servid a los pobres, construid y prote-

ged la unidad y estad abiertos a las sorpresas del Espíritu Santo.”

Todos suponíamos que en Varsovia se iba a tratar de esas *llamadas* hechas a la Renovación. Los temas fueron elegidos, sin duda, mirando de reojo a las conclusiones de Fiuggi, pero sin hacer ninguna referencia explícita a ellos. No hubo ninguna gran enseñanza, sino breves comunicaciones sobre la vida de la Renovación, sobre la importancia del bautismo en el Espíritu, el desarrollo y el uso de los carismas, la necesidad de incorporar jóvenes en la responsabilidad de llevar la Renovación, la evangelización en la familia, los proyectos del ICCRS para los próximos años, la celebración de un Pentecostés de las naciones, la relación entre la Renovación carismática y la *Catholic Fraternity*... y una palabra de ánimo para todas las naciones europeas, pronunciada por Michelle Moran, presidenta del ICCRS. Pero en el 40 aniversario de la Renovación nadie hizo referencia alguna en torno al nacimiento, los primeros pasos y la esencia íntima de esta corriente de gracia, de la que nosotros vivimos todavía. No se habló de la unidad ni del peligro latente de la institucionalización de la Renovación. No se abordó, tal vez no se haya hecho nunca, la cuestión central y decisiva: ¿Qué es la Renovación? Porque ahí puede estar la raíz de todas las diferencias.

2. Italia y España son problema

Ahí podría haber terminado la crónica del encuentro. Pero yo voy a continuar haciendo una reflexión en alta voz. Porque el primer día los españoles bajamos juntos a la hora del desayuno y compartimos mesa con Charles Whitehead, antiguo Presidente del ICCRS, uno de los hombres que mayor conocimiento y experiencia tienen de la Renovación. Lourdes Martín White nos presentó. A mi lado se sentó un hombre en una silla de ruedas, a quien yo no había visto nunca y, de repente, comenzó a hacerme

una catarata de preguntas. Hablaba un inglés muy rápido para mi oído y para mi capacidad de comprensión. Tuvi- mos que acudir a la traducción de Pancho. Yo tenía la impresión de que era un interrogatorio más que un diálogo. Oí que Margot me decía que quería saber. Pero saber ¿qué? Cómo estaba la Renovación en España, qué había pasado, quién formaba parte de la Renovación Carismática Católica en el Espíritu, si nos habíamos puesto en contacto con nuestros obispos... Pero si él quería saber, yo también quería saber quién era aquel hombre de ojos inquietos, que se movía sin cesar en su silla de ruedas, y que antes de responder a una pregunta ya me había hecho otra. Aquel hombre era Kees Slijkerman, uno de los representantes del ICCRS en Europa. Sólo entonces pude entender su interés por recabar toda la información que él quería tener. Pero recuerdo que en un momento en el que yo hablaba de que también en Italia había varias realidades sobre la Renovación, él me dijo: “Sí, España e Italia son problema”. Yo le respondí que ya en Fiuggi se había hablado del problema de la unidad de la Renovación, pero que nadie se ha atrevido a exponer abiertamente cuáles pueden ser las causas o motivos de ese desgarrón que se ha producido. Y me atreví a decirle que la razón más determinante ha sido la diversa manera de concebir y de vivir la gracia de la Renovación.

Algunos han sentido el temor de que la Renovación se desmadrara al no tener un cauce y un reconocimiento oficial de la jerarquía y han optado por institucionalizar esta corriente de gracia que, sin embargo, debería ser llevada siempre, como una doncella desamparada, bajo las alas del Espíritu. Si no llegamos a un acuerdo generalizado sobre lo que es esta corriente de gracia nunca daremos ni un solo paso en el camino de la unidad. Si cada grupo, región o nación concibe a su modo la gracia de la Renovación corremos el peligro de tener tantas renovaciones como grupos, regiones o naciones. Y, en ese caso, lo único que podemos hacer es respetarnos y querernos y continuar cada uno por nuestro propio camino.

Lo que subyace en el fondo es, sin duda, la cuestión de la gratuidad.

3. La gratuidad como problema de fondo

Pero, tal vez, todas las razones aducidas para dar un cauce institucional a la Renovación no sean más que un pretexto para encubrir lo que está verdaderamente en juego. Yo me atrevería a decir, y lo voy a decir, que los Estatutos no son más que la punta del iceberg, es decir, la ocasión externa que ha provocado la situación actual. Lo que subyace en el fondo es, sin duda, la cuestión de la gratuidad. Ya hace varios años se produjo un problema muy serio en el seno de la Renovación carismática de España, que afectó directamente a Chus y a Pedro. En ese momento escribí una carta a los miembros de la coordinadora nacional en la que denuncié el problema de fondo que yacía en aquella toma de decisión: la predicación de la gratuidad. “Estamos -les decía- ante el discernimiento más importante que la Renovación carismática ha tenido que tomar en todos los años de su existencia”. Ese es el caballo de batalla de todos los problemas que han surgido dentro y fuera de la Renovación. En ella hay algunos, tal vez muchos, para quienes la Renovación es una forma de piedad al lado de otras devociones. Pero la Renovación no es una devoción, sino un fuego devorador, una gracia desbordante. De los escombros del hombre viejo el Espíritu está haciendo surgir hombres renovados. Los que no han experimentado verdaderamente la gracia de la Renovación siguen viviendo un cristianismo casi idéntico al que vivían, a lo sumo barnizado con un poco de alabanza. Pero la alabanza no puede surgir poderosa de sus labios, porque siguen viviendo un cristianismo de prácticas y de obligaciones, de obras y de méritos, pero no de unas relaciones filiales con Dios. Los hijos no necesitan hacer grandes cosas para ser queridos por sus padres. No, los hijos son queridos por ser hijos, no por lo que hagan por sus padres. Ese es el origen de la gratuidad. Si yo tengo que hacer muchas obras para hacerme agradable a los

ojos de Dios, nunca tendré tiempo para alabarle y para darle gracias por todo lo que él ha hecho por mí. Pero a la obra de Dios en mí yo sólo puedo responder con la acción de gracias y la alabanza, con la adoración y el éxtasis total. Ese es el problema de base.

La religión puede ser concebida de una doble manera: como religión de obras y de méritos, o como religión de gratuidad o, dicho de otra manera, vivir para hacer méritos o vivir para alabar y bendecir al Señor. La religión de obras pone el acento sobre lo que el hombre tiene que hacer para ser agradable a los ojos de Dios. Pero toda religión que enfatiza el esfuerzo humano está falsamente orientada. Ese tipo de religión produce tipos ascéticos y llenos de coraje,

Los hijos no necesitan hacer grandes cosas para ser queridos por sus padres. No, los hijos son queridos por ser hijos, no por lo que hagan por sus padres. Ese es el origen de la gratuidad.

pero que viven siempre sometidos a una tensión que termina por romperlos en mil pedazos. En todos los tiempos y en todas las religiones los hombres se han esforzado por hacer lo que Dios les ha mandado, pero lo que el Señor quiere no son nuestras obras, sino nuestro corazón; no quiere que nos presentemos ante él con nuestro jarrón lleno de buenas obras, sino que nos quiere a nosotros como obra de su amor. La religión de obras no puede florecer en alabanzas al Señor. La religión de fe, por el contrario, acentúa el don sobre la exigencia, la gracia sobre la ley, la mística sobre la ascética, la acción de Dios sobre la acción del hombre. Esa religión pone un canto de alabanza en el corazón y en los labios de los hombres. Las obras que hace el hombre no son más que la consecuencia luminosa de la vida que ha recibido. El hombre va de gracia en gracia antes de ir de obra en obra. La Renovación carismática se sitúa entre las realidades de gracia.

¿A qué damos la primacía: a las obras del hombre o la gracia de Dios? ¿A lo que nosotros tenemos que hacer por Dios, o a lo que Dios ya ha hecho por nosotros? Esa es la cuestión.

Esos son los dos estilos de vida que se presentan ante los hombres. ¿A qué damos la primacía: a las obras del hombre o la gracia de Dios? ¿A lo que nosotros tenemos que hacer por Dios, o a lo que Dios ya ha hecho por nosotros? Esa es la cuestión. La gratuidad es el campo donde se riñe la batalla en la Renovación. Apenas inclinemos un poco la balanza hacia las obras o los méritos la Renovación se convierte en nada. Si los renovados vivieran del mismo modo que antes de conocer y de experimentar esa gracia nueva, es que han confundido la Renovación con una idea. La gratuidad es el estilo de vida del hombre renovado. Millones de hombres la hemos experimentado ya como un rocío refrescante. Y eso no nos ha llevado, como algunos pueden creer, a pensar que todo nos está permitido, sino a una entrega total de nuestra vida como respuesta a esa gracia maravillosa.

La gratuidad no sitúa al hombre ante un montón de obras a realizar, sino ante un amor que le rompe el corazón; no le pone ante una ley, sino ante el rostro del Dios vivo. Hemos creído que por hacer esto o aquello nos hacemos agradables a Dios. Pero Dios no nos pide ni esto ni aquello, sino a nosotros mismos. Es preciso que nosotros mismos nos hagamos obra de Dios. Sólo a partir de ahí podemos abrir a Dios un crédito ilimitado y alabarle sin cesar. Ya no son los lazos de la ley los que nos atan, sino los lazos del amor los que

nos amarran a él. Todo es gracia por parte del Señor, todo es gratitud por parte del hombre. En el encuentro con el Señor, el hombre se siente solicitado en lo más hondo de su ser para responder amorosamente a esa gracia inmerecida. Ya no puede vivir como si nada hubiera pasado, porque lo más maravilloso ha sucedido para nosotros. Ya no es posible la marcha atrás. Puede haber idas y venidas, pecados y distracciones, pero hay algo que jamás se podrá olvidar. El hombre que ha descubierto la gratuidad de la salvación está *condenado a la santidad*. Para llegar a Dios no hay dos caminos que sean válidos al mismo tiempo: el de la ley y el de la gracia. Sólo hay un camino: el camino de la acción salvadora de Jesús. Todo lo que hagamos tiene que ser como un eco de esa acción de Dios en nosotros, todo tiene que moverse en la línea de la acción de gracias, de la alabanza y de la adoración.

Ese es el fondo del problema. Por eso es imposible que haya unidad en la Renovación. Hay algo que nos separa en la misma raíz. Tenemos que entrar de rodillas en ese misterio de gratuidad que nos hace temblar de emoción: que Dios nos ama antes de que nosotros hayamos hecho nada por él, que estamos salvados, que no hay nada que temer.

Eso es lo que la Renovación ha aportado a la Iglesia y a cada uno de nosotros: un estilo nuevo de vivir la vida cristiana, un ansia infinita que nos lleva de alabanza en alabanza y de gloria en gloria, un fuego que debería hacernos salir al encuentro de todos los hombres para contarles lo que ha pasado en Jesús y para decirles que hay esperanza para esta raza de hijos pródigos y rebeldes que un día abandonaron la casa del Padre para intentar vivir su propia vida y que se han encontrado con la nada y con la muerte.

te.

4. La Renovación amenazada

La Renovación es una flor delicada, siempre expuesta a la intemperie. Al llegar a los hombres, esta gracia se topa con una serie de obstáculos que la frenan en su camino. Me atrevería a mencionar como tres grandes frentes por donde puede llegar una amenaza contra la Renovación.

4.1 La institucionalización

El peligro de la institucionalización es gravísimo porque diluye a la Renovación en un movimiento más dentro de la Iglesia y le hace perder su verdadera esencia. Una Renovación en la que todo esté atado y bien atado ya no será la Renovación carismática, porque habrá perdido su aroma inconfundible de corriente de gracia. Si concebimos la Renovación como un movimiento entre otros, entonces hay que darla un cauce estructural, unos objetivos, unos medios, una jerarquía, unos mandos, unos estatutos, unas leyes... Y, por parte de los que entren a formar parte de ella, se verán sometidos a algunas obligaciones y compromisos.

Pero la Renovación que hemos recibido de nuestros hermanos mayores no conoció ningún cauce institucional. Los grupos fueron naciendo espontáneamente, por iniciativa privada. Por eso, ninguna coordinadora nacional puede abrogarse el derecho de imponer unos Estatutos a los grupos de la Renovación, ni los grupos pueden concedérselo. Unos Estatutos son impensables en una corriente de gracia, donde sus miembros no están unidos por ningún lazo jurídico sino por la experiencia común del Espíritu. En la Renovación no hay leyes ni

Unos Estatutos son impensables en una corriente de gracia, donde sus miembros no están unidos por ningún lazo jurídico sino por la experiencia común del Espíritu.

Ha sido la elaboración y la aprobación de los Estatutos lo que ha producido la ruptura de la unidad, al menos en España.

compromisos, ni reglas ni constituciones, ni noviciado ni profesión, ni votos temporales ni perpetuos. Cada uno es libre para entrar o salir. Nadie le pide su nombre ni su documento de identidad. No hay más compromisos que los que cada uno quiera y pueda asumir según la gracia que ha recibido del Señor. Todo se hace en entera libertad. Ha sido la elaboración y la aprobación de los Estatutos lo que ha producido la ruptura de la unidad, al menos en España. Para llegar a la unidad habría que retornar a la gracia primera. El día que los Estatutos de la Renovación Carismática Católica italiana fueron aprobados, la agencia Zenit dio la noticia en estos términos: “La Renovación Carismática deja de ser una *corriente de gracia* para convertirse en un *movimiento*.” A mí se me subieron todos los colores a la cara. Con la aprobación de los Estatutos se ha introducido un cuerpo extraño en la Renovación, algo que ella no pedía, ni exigía, ni la ha perfeccionado, sino que le ha sido impuesto con

El día que los Estatutos de la Renovación Carismática Católica italiana fueron aprobados, la agencia Zenit dio la noticia en estos términos: “La Renovación Carismática deja de ser una corriente de gracia para convertirse en un movimiento.”

violencia desde fuera. Son como una cuña introducida en su seno. Los Estatutos han sido la forma concreta que ha adoptado la institucionalización de la Renovación. Pero la Renovación no debería experimentar angustia alguna por sentirse reconocida y aprobada, ni por figurar en las listas de movimientos de la Iglesia. Nada de eso es importante. Lo único que importa es que cada día haya más hombres y mujeres que

reciban el bautismo en el Espíritu, que se encuentren con Jesús como Señor y como Salvador y que sean renovados por entero. Todo lo demás, si lo hay, debe estar al servicio de ese hombre nuevo. Tengo el temor de que, en la medida en que nos vayamos alejando de la experiencia inicial, esta *corriente de gracia* pueda ser convertida fácilmente en algo manejable por los hombres y entonces ya no será una *renovación carismática en el Espíritu*, sino una obra, tal vez buena, pero humana. Y entonces, la gratitud se difumina en aras de un reglamento, donde todo está atado y bien atado. Pero esta corriente de gracia no puede caminar a golpe de artículo tras artículo, sino de gracia tras gracia. Porque la Renovación no es un movimiento junto a otros movimientos ni en competencia con otros movimientos, sino un perfume derramado sobre la Iglesia de Dios, un espacio de gracia y de libertad.

La Renovación no ha sido suscitada por el Espíritu Santo para hacer algo, sino para crear hombres nuevos. No es una gracia social, sino una gracia de nacimiento o de renacimiento. Si la Renovación hubiera nacido para hacer algo en concreto podríamos examinarla y ver si ha cumplido con sus objetivos o no. Pero la Renovación no puede ser evaluada por la acción exterior de sus miembros, sino por la acción interior del Espíritu Santo. El capital de la Renovación no son las obras que nosotros hayamos hecho por el Señor, sino la obra que el Espíritu ha hecho en nosotros y por nosotros. El capital de la Renovación son esos treinta o cincuenta millones de seres humanos cuya vida ha sido renovada. Eso es lo que la Renovación puede presentar ante el foro del mundo: vidas cambiadas, vidas testimoniales, vidas provocativas. Son esos hombres nuevos los que deberán hacerse presentes en el mundo: en sus casas, en sus familias, en su trabajo, en las fábricas, en las escuelas, en los

hospitales, en las parroquias, en las ONG, ayudando a los pobres, luchando por la justicia, llevando el evangelio del Resucitado a todas las partes. La Renovación ha sido suscitada por el Espíritu para devolver la vida a este montón de huesos secos y calcinados que yacían, sin esperanza alguna, en la inmensa vega del mundo. Otros grupos y otros movimientos podrán presentar realizaciones concretas para las cuales han sido suscitados por el Señor, y nosotros nos alegramos infinitamente de que sea así. Pero el capital de la Renovación, no tengo reparos en repetirlo, son ese puñado de hombres renovados. Ahí, seguramente, nadie podrá competir con ella. Apenas queramos llevar la Renovación a nuestra manera se nos muere sin remedio en nuestras manos.

El capital de la Renovación no son las obras que nosotros hayamos hecho por el Señor, sino la obra que el Espíritu ha hecho en nosotros y por nosotros.

...vidas cambiadas, vidas testimoniales, vidas provocativas.

4.2 La *endogamia* de los grupos

La palabra *endogamia* procede del griego *éndon*, dentro, y *gámos*, matrimonio, es decir, que se trata de un matrimonio entre individuos de una misma familia. Yo siento que en los grupos de la Renovación se está produciendo una cierta endogamia o involución. Estamos bien, estamos a gusto, nos queremos, alabamos a Dios, compartimos y nos ayudamos, pero tengo el temor de que algunos grupos se están encerrando sobre sí mismos. La alabanza se está debilitando, la evangelización languideciendo y los carismas se van apagando. ¿Hasta dónde puede llegar este peligro? No lo sé. Pero a mí me llega como un temblor. Si fuera común a muchos grupos, la Renovación se quedaría reducida a una serie de grupos piadosos, donde la inercia y la muerte harían pronto acto de presencia. Separar la alabanza de la evangelización y la evangelización de la alabanza sería mortal para esta corriente de gracia que el Espíritu del Señor ha derramado en esta bendita tierra. Las primeras manifestaciones del Espíritu,

Si la alabanza no florece en anuncio del Resucitado se esteriliza y se muere; si la proclamación no procede de la alabanza se convierte en ideología y en nada.

el día de Pentecostés, se produjeron en forma de alabanza y de proclamación. De tal manera que la alabanza no puede ser separada de la evangelización, ni la evangelización de la alabanza. Si la alabanza no florece en anuncio del Resucitado se esteriliza y se muere; si la proclamación no procede de la alabanza se convierte en ideología y en nada. La pérdida de la alabanza en los grupos lleva consigo la pérdida de la fuente de todas las energías para la evangelización. Y la pérdida de la evangelización hace que los grupos se replieguen sobre sí mismos. En cualquier caso, esta corriente de gracia se estanca y se convierte en una charca. Yo siento que ambos peligros nos están acechando y debemos estar muy atentos a ellos. Tal vez eso es lo que el Espíritu del Resucitado esté gritando en estos momentos a la Renovación.

Hay que volver a los primeros días, cuando ríos de agua viva corrían gozosos por los labios y el corazón de aquellos primeros hermanos nuestros. La pérdida de la alabanza supone una pérdida irreparable. Porque el pulso de la vida de los grupos lo da la alabanza: si es fuerte y poderosa, los grupos crecen, caminan, viven una vida nueva; si es débil, los grupos se debilitan y mueren. Todo gira en torno a esos dos polos: la alabanza y la evangelización. Cuando uno de esos dos elementos se enfría, el otro tiritita de frío; la debilidad de uno de ellos lleva consigo la muerte del otro. Todas las preguntas que nos hagamos tienen que estar orientadas en esa dirección.

4.3 Una renovación sin renovados

La primera generación de la Renovación se va extinguiendo. Los her-

manos nuevos que van entrando viven a la sombra de los más antiguos, sin incorporarse plenamente a la alabanza y sin asumir responsabilidades en los grupos. Ese va a ser un problema con el que vamos a tropezar en los próximos años. Tengo el temor de que vamos a pasar de una generación de testigos a otra que vive a su sombra. David Duplessy lo expresó en una frase muy sencilla: "Dios no tiene nietos". La primera generación cristiana fue una creación del Espíritu Santo. Pero el Espíritu quiere repetir en cada generación lo que hizo en la primera. Al principio, cada cristiano tuvo su encuentro

Existe el peligro de que en la próxima generación tengamos un movimiento pentecostal sin Pentecostés, es decir, sin la experiencia del Espíritu ni del encuentro con el Señor.

personal con el Señor y recibió el Espíritu Santo. Pero surgieron otras generaciones y los hijos de aquellos padres ya no conocieron esa experiencia. Nacieron dentro de la Iglesia, pero sin haber recibido el Espíritu, sin haber hecho su Pentecostés particular. Así nacieron los hijos de los hijos de Dios, es decir, los nietos de Dios. Ya no tienen a Dios por Padre, sino por abuelo. Y la Iglesia se ha convertido en la casa de los nietos de Dios, cada vez más alejados del contacto con el Señor Jesús. Por eso está tan fría.

La Renovación carismática es una de esas llamadas de Dios a la Iglesia para que los nietos se conviertan de nuevo en hijos. En los comienzos del movimiento pentecostal se esperaba que todos fueran llenos del Espíritu Santo. Pero ahora ya hay hijos y nietos de aquellos que fueron bautizados en el Espíritu Santo. Existe el peligro de que en la próxima generación tengamos un *movimiento pentecostal* sin Pentecostés, es decir, sin la experiencia del Espíritu ni del encuentro con el Señor. La Renovación carismática católica tiene cuarenta años. Es muy joven todavía. Debería estar en edad de dar a luz numerosos hijos, pero es probable que, en algunas partes, ya comience a ser abue-

la. La Renovación puede ir perdiendo el carácter entusiasmante de los primeros años. Ese es el peligro que denunciamos.

5. Hacia la sala superior

Cuando yo escribía el libro *Como un vendaval*, me hacía muchos interrogantes. ¿Hacia dónde va la Renovación? ¿Cuál será su futuro? ¿Seremos los hombres capaces de extinguir esta formidable efusión del Espíritu? ¿Nos cansaremos algún día de esta Renovación para volver a lo de siempre? ¿Ha perdido entusiasmo la Renovación? ¿Está ya declinando? ¿Cuánto durará? ¿Será como un amor de verano que pasa sin dejar recuerdo alguno de su paso? ¿Se convertirá en un movimiento más? ¿Caerá en el peligro de institucionalizarse? ¿Se dejará seducir por el canto de sirena que le llega del hacer, de las obras, del estar presente, de la eficacia? ¿Ha dado de sí todo lo que tenía que dar?

Han pasado cuarenta años del nacimiento de esta gracia desbordante con la que fuimos sorprendidos un día por el Espíritu Santo. Pero se diría que la Renovación carismática no tiene nada que ver con la edad. Porque el Espíritu que la anima está lleno de vida. Por eso, debe mantenerse siempre vibrante y animosa. El tiempo no puede apagar el fuego vivo que dejó el paso del Espíritu por esta tierra. No puede caer ni en la costumbre ni en la rutina. No puede tener miedo alguno porque el Resucitado la anima con su

Pero se diría que la Renovación carismática no tiene nada que ver con la edad. Porque el Espíritu que la anima está lleno de vida. Por eso, debe mantenerse siempre vibrante y animosa.

presencia. No podemos sentirnos derrotados, porque todo está por hacer. Podemos tener la impresión de que la Renovación está dando pasos hacia atrás, de que declina el primer amor, de que la llama se apaga poco a poco. Pero la Renovación, como el pueblo

Tenemos que seguir todos en nuestros puestos, unidos los unos a los otros, como un verdadero pueblo de Dios.

de Dios, ha conocido ya todas las pruebas: hemos sido bautizados en el mar, hemos atravesado el desierto, hemos conocido las dificultades de la larga travesía, el hambre y la sed, las fatigas y las duras marchas. Algunos se han perdido en el desierto, otros han muerto en él, pero la Renovación sigue su marcha hacia esa tierra de juramentitos y de promesas, de bendi-

ciones y de vida sin fin. Tenemos que seguir todos en nuestros puestos, unidos los unos a los otros, como un verdadero pueblo de Dios. La Renovación es lo que es. En esta corriente de gracia los hombres no hemos tenido ni arte ni parte. No pudimos hacer nada por merecerla ni podemos hacer nada por orientarla. El camino de la Renovación está trazado por el Espíritu, aunque debemos estar siempre abiertos a nuevas sorpresas. Pero no habrá cambios de orientación. El Espíritu nos sigue llevando hacia los orígenes, hacia aquella sala de un segundo piso, hacia aquel lugar donde los apóstoles fueron bautizados en un mar de gracia y de fuego, hacia ese

momento en el que cada uno de nosotros seamos sumergidos plenamente en él, donde comience una nueva vida para nosotros, donde nuestros corazones comiencen a estallar en alabanzas y en testimonios. Tenemos que volver a clamar un día y otro día, un año y otro año para que el Espíritu nos bautice de nuevo en ese mar de vida y de amor. Volver a sentir que las lenguas de fuego se posan sobre nuestras cabezas, y que las paredes de nuestro cenáculo vuelven a temblar de nuevo, anunciando la llegada del Espíritu del Resucitado.

Vicente Borragán Mata



Noticias...Noticias...Noticias

PASCUA 2008 EN HERENCIA (CIUDAD REAL)

COMO ESTE AÑO SEMANA SANTA ES PRONTÍSIMO, APROVECHAMOS YA ESTE BOLETÍN PARA IR ANUNCIANDO EL TRIDUO PASCUAL. NOS ACOMPAÑARÁN LOS PADRES VICENTE BORRAGÁN Y CHUS VILLARROEL.

LA CASA DE ESPIRITUALIDAD ESTÁ SITUADA EN LAS AFUERAS DE HERENCIA (CIUDAD REAL), EN LA SALIDA HACIA ALCÁZAR DE SAN JUAN Y AL LADO DEL INSTITUTO DE ENSEÑANZA MEDIA.

CASA DE ORACIÓN SANTA MARÍA
AVDA. ALCÁZAR DE SAN JUAN, 55
HERENCIA - CIUDAD REAL

La Pascua comenzará el jueves día 20 de marzo y finalizará el domingo 23 por la mañana.

DESDE MADRID SALDRÁ UN AUTOBÚS, PARA AQUELLOS QUE PREVIAMENTE LO HAYAN SOLICITADO EN SUS GRUPOS. LA ACOGIDA SERÁ A PARTIR DE LAS 5 DE LA TARDE.



Ejercicios del 1 al 9 de agosto de 2007 en Villagarcía (Valladolid)

Dirige: Chalo González

¡Gloria al Señor!

Todas puntuales, nos dimos cita en Villagarcía. Alegrías, gozo, acogida... ¡qué bonito!

¿Qué decir de los ejercicios espirituales? Han sido días de GRACIA y paz. Espirituterapia. Todos ellos han sido una invitación a abrirnos al camino del Espíritu, para ser instrumentos fieles a la misión y a la extensión del Reino.

Han sido un DESEAR conocer lo que Dios espera de cada una de nosotras y con docilidad y apertura de espíritu, pronunciar el hágase sin dilaciones. Señor, como quieras, donde quieras y lo que quieras... ¡Loado sea el Señor! Todo ha sido obra de la gracia. Se han vivido momentos emocionantes, profundos y que te dejan huella en la vida. Creedlo. Él nos ha ayudado a abrir nuestro corazón y quitar todo aquello que obstaculiza el proceso de santidad; a ver con finura y a saber dar lo mejor de nosotras mismas. Han sido un invitarnos a saber hacer de nuestras vidas una alabanza de gloria a la Trinidad, siendo almas orantes.

Se han vivido con intensidad los momentos de oración de alabanza, de adoración, la eucaristía, el sacramento del perdón, la oración de intercesión... ¡Gracias, Señor! Momentos todos ellos profundos de saber estar y gustar de ese silencio hecho presencia. Sí, así de cercano ha estado el Señor con nosotros.

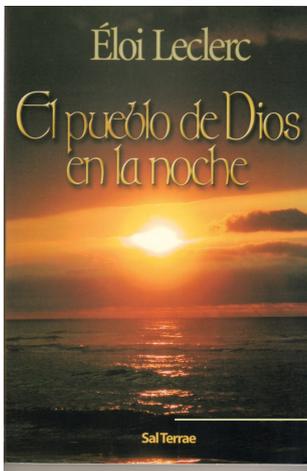
Chalo, gracias. Desde el primer momento he visto que has sabido dar lo mejor de ti mismo. Te has dado con todo lo que conlleva el saberse dar en y por el Señor. No has escatimado tiempo, ni regalar la paz con la que el Señor te ha enriquecido, ni la sencillez... Una palabra de agradecimiento para el grupo organizador: Esperanza, Isabel... que han sabido llevar la responsabilidad con gran talante de cercanía, pasando desapercibidas. Y a todo el grupo... ¡Gracias!



Agenda:

1. Sábado 19 de enero: retiro de servidores de discernimiento.
2. 16-17 de febrero: encuentro de Pozuelo.
3. Sábado 12 de abril: retiro regional.
4. 20-23 de marzo: celebración de la Pascua .
5. Domingo 11 de mayo: celebración de Pentecostés.

Ideas Para Tu Biblioteca



Autor: Eloi Leclerc

Título: El pueblo de Dios en la noche

Releyendo en el Antiguo Testamento la experiencia del exilio de Babilonia -una experiencia que nos hace pensar en la situación actual- Eloi Leclerc nos propone una meditación tonificante de la Palabra de Dios. Ni optimismo ingenuo ni repliegue sobre el pasado. Se trata de acoger nuestra “noche de la fe” del modo en que lo hizo el pueblo de Israel en el exilio: no como una catástrofe, sino como una prueba misteriosa que lleva ya en sí misma la esperanza de una renovación. Tal vez Dios esté más cerca que nunca en los momentos que nos sentimos más pobres y alejados de Él.

A Tu Servicio

Queridos hermanos: simplemente recordaros que este boletín ha nacido con la vocación de ser distribuido por correo electrónico GRATIS.

Somos conscientes de que muchos de vosotros todavía no tenéis acceso a este sistema de correo. Por ello, permitidnos apelar de nuevo a los hermanos que ya lo tenéis para que contribuyáis a hacer llegar este Boletín a todos aquellos que les pueda interesar. Os damos las gracias por anticipado.

Recordaros también, que en las direcciones que ponemos debajo de estas líneas podemos recibir tus sugerencias y comentarios.

Dinos si el documento te ha servido para algo, qué te gustaría que incluyera o qué te sobra. Si tienes alguna colaboración que hacer, noticias, carta, testimonio, etc., estos son los sitios a los que enviarlas. Desgraciadamente, no te podemos garantizar su publicación, pero sí trataremos de encontrar el mecanismo para mencionarla, por si alguien la quiere conseguir por correo o e-mail.

Teléfono de contacto: 914395071 (Irene Laín)

e-mail secretaria: beacarrasco@telefonica.net

Correo ordinario: Irene Laín Martínez

C/ Marroquina, 72 1ªA –28030– Madrid

Tu equipo de servidores en la zona centro:

Mamen Sánchez, Clara Albert, María de la Fuente, Dori Fernández, Mabel Suárez, Encarna Arnedo, Irene Laín